

Palabra y poesía

 Noé Jitrik

Pareciera sencillo afirmar que debe haber habido un ser considerado ya humano que un día despertó y logró transformar un grito primario en otra y desconocida posibilidad: la palabra. Tal vez no pensó en ese luminoso y aterrador momento que podía emplearla para designar lo que lo rodeaba, demasiado oscuro todo como para suponer que se pudiera dar con facilidad. Pero esa novedad no quedó ahí, todo cambió, hasta la mirada: debe haber sentido, no solo él sino varios como él, que lo que veía era convertido por esas palabras que pronto, luego de varios miles de años, se organizaron en un lenguaje que abría a muchas galerías y que debía constituir un poder frente a otras especies.

Nada cuesta imaginar lo que podían sentir aquellos que solo producían gruñidos frente a alguien que emitía palabras, quizás asombro, desconcierto, seguramente temor, lo desconocido asusta. Aunque tal enfrentamiento es totalmente imaginario, un mito de origen de imposible verificación, en lo que ya parece natural algo queda de eso desconocido y, por eso, no es tan imaginario saber lo que pasa si se enfrentan palabreros y no palabreros respecto del uso de la palabra, o sea, metafóricamente, entre quienes la usan verdaderamente y los que no tienen idea de lo que es usarla.

Quienes, en suma, poseían la palabra tenían un poder que empezó a cubrir numerosos campos: le fueron dando nombres a las cosas, se permitían discriminar, la palabra empezó a ser el puente que ligaba y dominaba la comunicación, fue creciendo el “querer decir” y, por añadidura, al generalizarse, la palabra cambiaba de forma o, mejor dicho, hacía cambiar la forma de las cosas y de la realidad y, lo principal, abría el camino a algo muy potente que quién sabe si existía, la conciencia. Y en ese punto empieza todo.

El ser humano ha intentado desde siempre neutralizar su temor. ¿A qué? Por supuesto, es obvio, a la muerte pero por encima y por debajo de ello, a no comprender por qué está ahí, donde está y por qué todo lo que lo rodea está ahí; sospecha que algo lo ha impuesto o que, si no hay razón aparente para lo que existe, debe haber, al menos, desesperadamente, algo o alguien que lo ha decidido, un poder superior. Surge, así, la creencia, si no creyera, no podría subsistir. ¿En qué creer? Eso, quizás, ya no es tan remotamente primitivo, cree en fuerzas encarnadas, serían el sol o la luna, el viento o el mar pero, sobre todo, los dioses, se inventa dioses para creer en ellos esperando que de ellos emerja el alivio, la solución, la tranquilidad, la respuesta. Muchos dioses por todas partes pero cómo dirigirse a ellos, cómo comprobar su presencia y sus acciones, cómo esperar de ellos, cómo hacer para que sepan que los están necesitando.

Los seres humanos tienen un instrumento para ello, las palabras, y así como con palabras crearon a los dioses, las emplean de diverso modo en la certeza de que los dioses las conocen —para algunos porque los dioses mismos y no ellos las crearon—, y las usan de la misma manera, diálogo a veces encarnado, a veces silencioso, a veces mediante la voz, a veces mediante la escritura de quienes se dirigen a lo superior esperando una respuesta, un signo, una variante, un soplo.

Estamos ya en otras épocas, lejano el momento original, cuando el mundo era nuevo y la palabra apenas brotaba como frágil flor en un campo vacío y, por lo tanto, así como para solicitar de los dioses, la palabra sirvió para describirlos y darles una forma y hacer que dirigirse a ellos permitiera creer que de este modo serían escuchados, la palabra como un vehículo eficiente que permitiera, al mismo tiempo, salir de la soledad y comprender el mundo.

Eso, ese conjunto, conferirles existencia, describirlos y dirigirse a ellos, es ya la religión que asume diversas formas en diversos lugares, al mismo tiempo que es reparo también es rito así como es moral. De hecho, todos estos aspectos, entretreídos, son hablados y cuando son escritos dan lugar a una maraña de textos que tienen un doble carácter, por un lado consolidan las creencias y las organizan y, por el otro, llevan a referirse a ellos para que el valor que le otorgan a la creencia esté encauzado y conduzca a lo que se espera de ella.

En ese punto comienza una época de grandes transformaciones discursivas. La suma de todas ellas configura una enorme biblioteca, literal o figurada, en ciertos casos concreta, en otros como memoria, y en ambos campos reside todo lo que se considera como religión, palabra que significa “unidad” entre los que creen y aquello en lo que creen. Puede ser, puede ser también que se entienda de otro modo el hecho religioso, pero lo común a todos los modos de entenderlo es considerar que la creencia es un absoluto perfectamente existente y preexistente que si se vale de las palabras, cuando no emplea ceremonias para celebrar o ídolos para adorar, es porque es el mejor medio para manifestarlo y no, como lo estoy proponiendo, que son las palabras lo que lo han creado. De una manera u otra, sea de una manera u otra, lo que tenemos son esas palabras que se ordenan en diversos modos de dirigirse a ese poder superior.

Ese ordenamiento es lo que consideramos que son discursos que no siempre persiguen los mismos objetivos o canalizan los mismos deseos: si bien es cuestión de que Dios o los dioses escuchen y de alguna manera respondan, lo que se espera de ese trámite difiere —una cosa es una misa, otra una oración fúnebre, una cosa es un ruego y otra una disquisición teológica— y como consecuencia difieren los modos de los discursos que se emplean. La aproximación a esa pluralidad nos llevará, en suma, a una confirmación del poder de la palabra y de sus consecuencias en la relación humana con la sociedad.

Esto no es, por supuesto, ninguna novedad: los primitivos cabalistas lo supieron y lo enseñaron; en la frase harto repetida, “la palabra crea mundos”, está resumida esta idea y reiterarlo desvía del objetivo de esta reflexión que, si por un lado intentará enumerar diferentes tipos de discurso que se establecen entre los esforzados creyentes —y productores de discurso— y la divinidad a la que apelan, por el otro considerará lo que queda de ello en un orden discursivo diferente, el de la poesía, cuyos receptores ya no son los dioses ni los poderes sobrehumanos.

De modo que, por comenzar, es posible que cuando se empieza a concebir la existencia de ese poder superior que es designado como “Dios”, o “dioses” se le atribuya no solo la creación de todo, hasta del día y la noche, sino por añadidura suprema autoridad, omnivigilancia de todas las acciones humanas, sabiduría total, rigor en los juicios y una

universal capacidad para castigar. De ahí que el primer discurso a él dirigido, como para aplacar su posible reacción, su ira y aun su crueldad, sea de alabanza, en todos los tonos y expresiones posibles, para que no quepan dudas acerca de la sumisión, el respeto, el amor y el temor que se le profesan. El discurso de la alabanza apela a todas las articulaciones imaginables, según la riqueza verbal de los creyentes; es infatigable y precede a cualquier otro registro discursivo, como para evitar el enojo y entrar en un terreno firme y seguro.

Una vez superada esa etapa y en la certeza, casi siempre falaz, de que ya no hay dificultades de comunicación y se ha instaurado una confianza entre el destinatario y el destinatario, el discurso dirigido suele ser invocatorio, de aproximación, se trata de que el Todopoder escuche y venga, se reclama su presencia como si de ella, meramente por responder al llamado, se produjera una expansión de la creencia y del sentimiento de estar protegido. Es un estar incomparable, como si el Todopoder se acercara a la mesa en la que se come y compartiera la comida, físicamente. No puro espíritu sino un *factum*.

En su omnipotencia, Dios o los dioses pueden conceder lo que se les pide, el ruego ha sido oído y satisfecho, placentero sentimiento que genera discursos de celebración y agradecimiento que deben ser creíbles y que incluyen la perspectiva de que el poder superior seguirá dispensando tales concesiones; en suma, el agradecimiento formulado implica una esperanza sin la cual el futuro es sombrío, el miedo es la contraparte de esa deseada esperanza. Y el modo del agradecimiento se vale de recursos retóricos de variación en el que lo peculiar, lo individual, funcionan como marcas distintivas sostenidas por una formulación exaltada.

Pero no todo es así: en instancias de desesperación o de carencia o de sufrimiento el discurso dirigido al Ser Superior es impetratorio y hasta exigente, de expresiones dramáticas, como si ese Ser no hubiera acudido cuando se lo necesitaba y hubiera permanecido neutro y ausente, incluso indiferente a la suerte del que confiaba en él que, no obstante, reclama porque sigue creyendo en su Todo Poder. Abandonado a su suerte, el que impetra lo hace con fuerza, hasta de un tú por tú, acentúa su adjetivación, no alaba ni halaga, no celebra, increpa.

Se supone que el Todopoder prepara, en el inimaginable espacio que ocupa, las pruebas a que someterá a los seres que creen en él y las exigencias que les impondrá y los bienes que les otorgará así como las residencias a las que los conducirá, cielo, purgatorio, infierno o regiones de un más allá a las que los destinará. Eso da lugar al discurso profético que prevé futuros de diversa índole, pacíficos o catastróficos, más vinculados con atmósferas sociales de lo que se puede comprender en el momento en el que se producen.

Es también objeto de discurso lo que se supone que es el reino en el que impera la divinidad. La imaginación humana organiza ese reino, lo jerarquiza o lo describe y a él van a parar quiénes han sido juzgados por el Todopoderoso. Rasgos embellecedores o siniestros, este discurso pone en evidencia que todo el conjunto es un hecho de palabras que ha creado este supramundo en el que el mundo ha intentado desde siempre encontrar tanto su destino como su explicación.

¿Son todos? Acaso los que no están sean los hilos más fuertes y tenaces en la relación del crédulo, gobernado por la fe, hecho una sola cosa con su creencia, con el Poder superior al que se dirige. ¿Cómo determinarlo o para qué? En lo que está indicado los núcleos que lo sostienen se proyectan hacia lo que se puede hacer con las palabras, apelar a ellas, reunir las en haces, hacer algo menos oscuro el mundo en el que se vive.

O sea la poesía, ese lugar en el que el poder de la palabra remite al fondo más profundo de su emergencia.

Quizás la enumeración precedente sea apenas inicial y haya más discursos igualmente indicativos, pero es suficiente para establecer las conexiones que entendemos que nos pondrían frente a lo que importa y a lo cual todo el razonamiento precedente contribuye. Así, extrapolando los núcleos de los enumerados tenemos la siguiente serie: alabanza, celebración, invocación, ruego, impetración, profetismo, imaginación. ¿No aparecen, de una manera u otra, cada uno, en todos los demás discursos? Así ha de ser y su presencia les otorga un carácter reconocible, olvidado, desde luego, de dónde procede. Lo que me importa ahora es la poesía o, mejor dicho, el discurso poético o, más aún “lo” poético, acerca del cual las aproximaciones son inabarcables. En todo caso, se trata de rasgos que le serían propios y que sostienen que lo constituyente del gesto poético es la metáfora en todas sus formas. Pero más allá, y en una consideración de otro orden, no parece discutible que su debate esencial sea con el lenguaje cuya opacidad parece inherente a su realización concreta pero que, más allá de ello, su sentido y su cometido es indagar en la palabra misma y extraer de ella todas las resonancias que la han conformado.

Por ello, y en otro plano, podría decirse que cuando el campo referencial, o sea la creencia, pierde fuerza y consistencia —“Dios ha muerto, todo es posible” enunció Nietzsche, aunque no todo el mundo lo admitiera ni lo admite— y otros valores canalizan la angustia humana, diversos núcleos significantes precedentes no desaparecen.

La angustia, el temor a la muerte, la inquietud y lo que lo engendró, todo lo que está sometido al viento del misterio, continúa, y esos mismos núcleos que lo significaban alimentan otras prácticas, escapan del discurso en el que eran centrales y configuran nuevos modos de respuesta a las grandes inquietudes humanas. Estamos, ya, en la poesía que transforma lo que la creencia gestó, resume lo que la palabra puede dar y crea, a su vez, otro reinado, el del lenguaje que todo lo enriquece.

Toda poesía, y aun todos los poemas y cada uno, adquiere una forma o parte de una forma pero, además, de alguna de las múltiples maneras expone o dice o argumenta en torno a alguno de los gestos verbales que se dirigía a la divinidad, ninguno es vacío, ni siquiera los que lo buscan. Es posible, entonces, que la poesía haya recogido sus núcleos de la masa de discursos que llamamos religiosos, sus significantes básicos y se haya valido de ellos para dar sentido a su estructura, lo que implicaría que los ha sustituido proyectándolos a otro lugar, ese fascinante otro lugar que nos pone en estado de suspensión y consagra tanto el poder de la palabra como lo que la palabra produce en nosotros.